MENSAJE DEL OBISPO DE YURIMAGUAS
“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud”
(Jn 10, 10)

En lo que va del año 2025, son varias las muertes de personas ocurridas en distintos lugares de nuestro Vicariato. No de una manera natural sino provocadas por circunstancias que las autoridades, instituciones, organizaciones, familias, deberíamos responder. El Señor continúa preguntando como lo hizo a Caín: ¿Dónde está tu hermano?

Con profundo dolor expreso mi preocupación ante la creciente ola de violencia que hiere el corazón de nuestra querida Perla del Huallaga. Son más de 20 niños fallecidos por tosferina en comunidades nativas muy alejadas a la capital de la provincia del Datem del Marañón. En la ciudad de Yurimaguas, una cierta ola de suicidios de gente joven nos ha conmocionado durante este año. El 18 de octubre, la muerte de María Liz Santos Vela, una joven de 18 años a manos su padrastro nos evidencia otra situación alarmante, como son los casos de violencia sexual. Y, este último 23 de octubre, el asesinato del profesor Encarnación Tangoa Yupe en Balsapuerto, por ejercer la labor curativa como médico vegetalista y ser señalado “brujo”; ha sido su vida apagada al igual que muchos otros médicos curanderos en comunidades nativas.

Todos estas y otras muertes evidencian que como sociedad estamos alejándonos del camino del Bien. El Señor nos ha dicho: “No matarás” (Ex 20,15). Todos somos guardianes de la vida de nuestro prójimo. El Señor nos va a reclamar por ello: “siempre que no lo hicieron con alguno de estos más pequeños, ustedes dejaron de hacérmelo a mí” (Mt 25, 45)

En este sentido hago un llamado:

A toda la gente de buena voluntad: No se nos debe olvidar que, la vida es un don de Dios y por lo mismo, todos debemos valorarla, cuidarla, protegerla; ya sea como padres, autoridades, vecinos, instituciones, organizaciones.

A los jóvenes, “no pierdan nunca la valentía de soñar y vivir en grande” (Papa Francisco). No se dejen seducir por el mal y ante situaciones difíciles, no se dejen asfixiar, busquen ayuda de gente buena. La Iglesia y la sociedad necesitamos de su alegría, de su fortaleza y esperanza.

A las autoridades: su papel principal es salvaguardar la vida de la gente y sobre todo de la vida de los más vulnerables. La muerte no

puede ser un número para las estadísticas o para la noticia. Muy por el contrario, tiene que ser motivo para motivar fuerzas para resolver situaciones de mal y devolver confianza, serenidad y sano entendimiento en los grupos humanos.

Sobre todo, pido una conversión del corazón. Porque la violencia nace donde falta el respeto, la ternura y el reconocimiento del otro como igual. El Señor es misericordioso y conoce las heridas más profundas del corazón humano. No se sientan solos, no dejemos que la indiferencia sea nuestra respuesta.

¡Que María, Madre de la Esperanza, interceda por nosotros! Que así sea.